

Visita
al territorio de

Dino Buzzati



I

En abril de 1972, el profesor Ermanno Ismani, de 43 años, catedrático de Electrónica en la Universidad de X, hombre bajo, grueso y de humor alegre, pero pusilánime, recibió una carta del Ministerio de Defensa en la que le rogaban que se entrevistara con el coronel Giaquinto, jefe de la Oficina de Estudios. La invitación revestía carácter urgente.

Sin imaginar ni de lejos de qué se trataba, Ismani, quien siempre había tenido un complejo de inferioridad ante la autoridad constituida, se apresuró a presentarse aquel mismo día en el Ministerio.

Nunca había estado allí. Con su habitual cortedad, se asomó a la antecámara. Al instante un centinela de uniforme se le plantó delante y le preguntó qué deseaba. Él enseñó la carta.

Tras echar un vistazo al papel, el centinela, que lo había interpelado con cierta brusquedad (Ismani, descuidado en el vestir y de movimientos torpes, parecía un tipo al que no se debía tomar en serio), se volvió, como por encanto, otro. Se disculpó, rogó a Ismani que esperara un momento y se precipitó en una habitación contigua.

Acudió un subteniente, quien le pidió que le enseñase la carta, la leyó, puso una sonrisa levemente cohibida y con marcada obsequiosidad rogó a Ismani que lo siguiera.

«Pero, ¿qué tendrá de extraño esta carta?», se preguntaba Ismani, un poco intrigado. «¿Por qué, después de haberla visto, me tratan como a un pez gordo?».

A él le había parecido una comunicación oficial como cualquier otra.

También los otros oficiales, de graduación cada vez más alta, en los sucesivos despachos por los que hicieron pasar a Ismani, volvieron a mostrar esa consideración casi temerosa. Tenía incluso la agradable

impresión de que cada uno de aquellos oficiales, nada más ver la carta, tenía prisa por pasar el asunto a otros, más autorizados: como si él, Ismani, fuera un personaje al que tratar con toda consideración, pero incómodo, si no peligroso incluso.

El coronel Giaquinto debía de tener una autoridad extraordinaria, bastante mayor de lo que hacía suponer su graduación, en vista de las muchas barreras de control que Ismani hubo de cruzar para llegar hasta él.

Giaquinto, hombre de unos cincuenta años, que vestía de paisano, lo acogió con deferencia. No había ninguna necesidad, dijo, de que Ismani se apresurara tanto. La urgencia a la que se hacía referencia en la carta era una formalidad habitual en casi todas las diligencias de su despacho.

«Para no hacerle perder tiempo, profesor, me apresuro a explicarle el asunto o, mejor dicho», y en aquel punto puso una sonrisita alusiva, «le expondré los términos de la cuestión que el Ministerio desea plantearle. Yo mismo no sé, la verdad, de qué se trata exactamente. Como comprenderá usted, profesor, en ciertos sectores las cautelas nunca son excesivas. Más aún: he de significarle al respecto que a cualquier otro se le pediría un precautorio compromiso de honor para que guardara el más riguroso secreto... pero en su caso, profesor... su personalidad... sus títulos... su pasado de combatiente... su prestigio...».

“Pero, ¿adónde querrá ir a parar?”, se preguntó Ismani, que sentía aumentar su incomodidad. Dijo:

«Discúlpeme, coronel, no comprendo».

El coronel lo miró con vaga ironía, se levantó del escritorio, se sacó del bolsillo un manojito de llaves, abrió un macizo mueble metálico, sacó de él una carpeta y volvió al escritorio.

«Aquí está», dijo, al tiempo que consultaba unas hojas escritas a máquina. «¿Está usted dispuesto, profesor Ismani, a prestar un servicio a la Nación?».

«¿Yo? ¡Claro que sí!». La sospecha de que se tratara de un equívoco flagrante resultaba cada vez más creíble.

«No lo dudábamos, profesor», dijo Giaquinto. «Sus sentimientos no son un misterio en las alturas. Precisamente por eso nos fiamos de usted».

«Pero yo... la verdad, no comprendo...».

«¿Estaría usted dispuesto, profesor», preguntó el coronel, cambiando de tono y recalcando las palabras, «a trasladarse por un período mínimo de dos años a una de nuestras zonas militares para participar en un trabajo del mayor interés nacional y de un valor científico excepcional? Por lo que se refiere a su puesto universitario, estaría en misión oficial con el sueldo íntegro, claro está, más un considerable complemento cuyo monto exacto no estoy en condiciones de especificar, pero se trataría de unas veinte o veintidós mil liras al día».

«¿Al día?», dijo Ismani, asombrado.

«Además de un alojamiento espacioso y confortable, dotado de todas las comodidades modernas. La localidad, por lo que leo aquí, es de lo más salubre y agradable. ¿Un cigarrillo?».

«Gracias, no fumo, pero, ¿de qué trabajo se trata?».

«En la propia designación del Ministerio resulta implícito, me parece, que se ha tenido en cuenta su competencia específica... Una vez cumplida la misión, el Gobierno no dejará, naturalmente, de manifestar de forma tangible... teniendo en cuenta, además, el innegable sacrificio de la residencia...».

«¿Por qué? ¿No podré moverme de allí?».

«La propia importancia del cometido...».

«¿Por dos años? ¿Y la Universidad? ¿Las clases?».

«Puedo asegurarle —aunque yo, como ya le he dicho, no conozco la naturaleza de la empresa— que se le brindará la oportunidad de hacer investigaciones sumamente interesantes... pero, si he de serle sincero, debo añadir que nunca se han abrigado dudas sobre cuál sería su respuesta».

«¿Y con quién...?».

«No estoy en condiciones de responder, pero puedo darle un nombre, un gran nombre: Endriade».

«¿Endriade? Pero, ¡si ahora se encuentra en el Brasil!».

«Sí, desde luego, en el Brasil, oficialmente», y el coronel guiñó un ojo. «No, no, profesor, no hay motivo alguno para preocuparse. Tal vez esté usted un poco nervioso, ¿verdad?».

«¿Yo? Pues no sé...».

«¿Y quién no está nervioso hoy día, con la agitada vida que llevamos? En este caso estaría —se lo garantizo— totalmente fuera de lugar. Se trata de una propuesta —tengo el deber de subrayarlo— halagadora y, además, es que no hay prisa. Váyase a casa, profesor, y continúe con su vida habitual...», sonrió, «... como si no le hubiera dicho nada... como si —entiéndame bien— nunca hubiese puesto los pies en este despacho... pero piénselo... Llegado el caso, telefonéeme...».

«¿Y mi mujer? Mire, coronel, tal vez se ría usted, pero apenas hace dos años que nos casamos...».

«Felicidades, profesor...», el coronel arrugó las cejas, como si lo considerara un problema difícil, «pero no es que... si usted sale personalmente garante...».

«Oh, mi mujer es una persona tan sencilla, tan ingenua, no hay peligro de que... Por lo demás, nunca se ha interesado en mis estudios».

«Mejor así, creo yo», dijo el coronel y se rió.

«Coronel, antes de...».

«Diga, diga...».

«Antes de una posible decisión en un sentido o en otro, ¿no podría...?».

«¿Saber algo más, quiere usted decir?».

«Pues sí. Plantarlo todo durante dos años sin siquiera saber qué...».

«Pues mire, a ese respecto, profesor, debe usted tener paciencia. Puedo darle mi palabra de que no sé nada más de lo que le he dicho. Más aún: tal vez no quiera usted creerme, pero me temo que en todo el Ministerio no hay una sola persona —ni una sola, ¿comprende?— que esté en condiciones de especificarlo. Parece absurdo, lo sé. Tal vez ni siquiera el Jefe del Estado Mayor... A veces la máquina del secreto militar resulta paradójica incluso. Nuestra misión es proteger el secreto. Ahora bien, lo que va oculto en él no debe interesarnos... Ah, pero en dos años tendrá usted tiempo de informarse, todo el tiempo que desee, me parece...».

«Pero discúlpeme: entonces, ¿cómo han hecho, por ejemplo, para elegirme?».

«¿Nosotros? En absoluto hemos sido nosotros. La indicación, la propuesta, vino de la propia zona».

«¿De Endriade?».

«No me haga decir lo que no he dicho, profesor. Puede que haya sido Endriade, pero no lo sé exactamente... No, no, profesor, no hay prisa. Vuelva usted a sus estudios, como si no le hubiera dicho ni palabra, y gracias por haber venido. No quiero hacerle perder más tiempo». Se levantó para acompañar a Ismani hasta la puerta. «No hay la menor prisa... pero piénselo, profesor, y en caso...».

II

La propuesta precipitó al profesor Ismani en un abismo de aprensiones. Si hubiera obedecido al instinto, que lo inclinaba sólo a la quietud, a la conservación de las *res sic stantes*, a la regla de una existencia sedentaria y sin sacudidas, habría respondido inmediatamente que no.

Pero su propia medrosidad lo inducía a aceptar. Como hombre honrado donde los hubiese que era, si bien la idea de verse exiliado por dos años en un destino misterioso para hacer un trabajo que acaso no le agradara, bajo la dura constricción del secreto y entre gente desconocida (porque a Endriade, lumbrera de la física, lo había visto un par de veces apenas en la barahúnda de los congresos), le infundía sentimientos cercanos al terror, aún más difícil le resultaba abstraerse a lo que se le había planteado como su deber de ciudadano y científico.

En la guerra había sido un valiente, pero no por un desprecio natural del peligro. Todo lo contrario: había sido siempre el miedo a parecer pusilánime, a ser castigado, a no merecer la confianza que le demostraban los soldados, a ser indigno de su graduación lo que le había hecho superar, con indecibles sufrimientos del ánimo, el otro miedo, el físico, del fuego enemigo, las heridas, la muerte. Ahora se encontraba en las mismas condiciones.

Corrió a casa para franquearse con su mujer, Elisa, 15 años más joven que él, pero mucho más madura y fuerte a la hora de afrontar los problemas de la vida.

Elisa era una mujer de poca estatura y rellenita, pero sólida. Su rostro ancho y redondo expresaba, en todas las circunstancias, una decisión plácida y serena. Dondequiera que se encontrase, incluso en los lugares más inhóspitos e incómodos, al cabo de pocos minutos tenía la apariencia de

encontrarse perfectamente a gusto. Adonde ella llegaba, de súbito la inquietud, la suciedad, el desorden, la incomodidad desaparecían inexplicablemente. Como esposa, era para Ismani, tan desprotegido en la vida práctica y preocupado por cualquier nimiedad, una fortuna incalculable. Precisamente el contraste entre los dos temperamentos era, como sucede con frecuencia, el primer motivo, probablemente, de lo mucho que se querían el uno al otro y a hacer feliz aquella unión contribuía, desde luego, que Elisa no hubiera superado la enseñanza secundaria, no tuviese la más remota idea de los estudios de su marido y, aun considerándolo un genio, no se interesara por su trabajo, salvo para impedirle por las noches permanecer en vela hasta demasiado tarde.

Apenas había tenido tiempo de entrar en el vestíbulo cuando ya ella, que había salido a su encuentro con el delantal puesto y una cuchara en la mano, lo apuntó a la frente con el dedo índice.

«No me digas nada. Ya lo sé. Te han propuesto un nuevo trabajo».

«¿Y cómo lo sabes?».

«Querido mío, basta con mirarte a la cara, pareces Napoleón a punto de partir para Santa Helena».

«¿Quién te lo ha dicho?».

«¿El qué?».

«Lo de Santa Helena».

«¿Tendrías que ir a Santa Helena?», una sombra pasó por su sonrisa.

«Algo parecido a Santa Helena precisamente, pero no se lo cuentes a nadie. Si se supiera por ahí, podría tener problemas».

Tuvo un sobresalto, abrió de golpe la puerta, que se había cerrado sola a sus espaldas, se asomó a la escalera y miró abajo.

«¿Qué haces?».

«Me había parecido oír pasos».

«¿Y qué?».

«No me gustaría que hubiera habido alguien escuchando».

«Pero me estás asustando, Ermanno, pero entonces es de verdad un asunto serio...», se rió con ganas. «Ven aquí, ven aquí, a la cocina, y cuéntame. Aquí nadie nos escucha, te lo aseguro».

Con cierta dificultad, porque tenía una gran confusión en la cabeza, Ismani le contó la conversación con Giaquinto.

«Y tú has aceptado, ¿verdad?».

«¿Por qué?».

«¡Ay, maridito mío! ¡Menudo si aceptarás!».

«¿Lo dices por el sueldo que me dan?», dijo él, decepcionado, porque quería mostrarse por encima de la vulgaridad del dinero.

«¡Qué va a ser por el sueldo! El deber... la misión... el amor a la patria... ¡Oh! Han sabido atraparte por donde debían, bien que han sabido. No es que yo te lo reproche, verdad...», soltó una carcajada, «con más de seiscientos mil liras al mes, sin contar el sueldo...».

«¿Ya has hecho la cuenta, tú?», dijo él y se sintió —a saber por qué— tranquilizado.

«Pero, ¿cuándo habías soñado tú con una paga semejante? Ya me parece ver a tus colegas con la cara amarilla de envidia. Pero, ¿qué es? ¿Una instalación atómica?».

«No me han explicado nada».

«Si hay tanto secreto, será la bomba atómica... pero... ¿tú entiendes de esos asuntos? No me parece que sea tu ramo».

«No sé nada, no sé nada».

Elisa se quedó pensativa:

«Claro, tú no eres físico. Si te han elegido a ti precisamente...».

«Eso no quiere decir nada. También en una instalación atómica, sobre todo en la fase de proyecto, podrían perfectamente necesitar a alguien como yo, especializado en...».

«Entonces, una instalación atómica... ¿Y para cuándo?».

«Para cuándo, ¿qué?».

«La partida».

«No sé nada. No he aceptado aún».

«Pero aceptarás, ¡menudo si aceptarás! Sólo habría un caso en el que dirías que no, tal vez».

«¿Qué caso?».

«El de que tuvieras que ir solo, que yo no pudiese acompañarte. Tal vez», y sonreía.

«Parece ser que se trata, además, de un lugar muy bonito», dijo Ismani.

III

Ismani y su mujer partieron hacia la «zona militar 36» al principio de junio, a bordo de un automóvil del Ministerio de Defensa. Conducía un soldado. Los acompañaba el capitán Vestro, del Estado Mayor, de unos 35 años, achaparrado, de ojos pequeños, intensos, irónicos.

Al partir, los Ismani sabían que debían llegar a la Val Texeruda, célebre zona de veraneo, donde también Elisa había pasado unas vacaciones, de niña, muchos años atrás, pero no sabían nada más. Al norte de la Val Texeruda, se erguía un vasto macizo de montañas. Tal vez allí arriba, en algún rincón remoto, encerrado entre las rocas, o en medio de los bosques o en un paraje alpino del que hubieran evacuado a sus habitantes y que hubiesen transformado en base militar, fuera su destino.

«Capitán», preguntaba la señora Ismani, «pero, ¿adónde nos lleva exactamente?».

Vestro hablaba despacio, como buscando una por una las palabras, tal vez por prudencia, como si temiera dejar escapar indiscreciones.

«Mire aquí, señora», respondió, al tiempo que le enseñaba una hoja escrita a máquina, pero sin entregársela. «Aquí está el horario de marcha previsto. Esta noche nos detendremos en Crea. Mañana, partida a las ocho y media, por la nacional hasta Sant'Agostino. Desde allí hay una carretera militar. Yo tendré el placer y el honor de acompañarlos hasta el puesto de guardia. Allí concluirá mi misión. Otro coche vendrá a recogerlos».

«Pero usted, capitán, ¿ha estado alguna vez allí?».

«¿Dónde?».

«En la zona militar 36».

«No, señora, no he estado nunca allí».

«¿Y qué es? ¿Una instalación atómica?».

«Instalación atómica...», repitió con una inflexión ambigua. «Sería interesante para el profesor, supongo».

«Pero yo se lo preguntaba a usted, capitán».

«¿A mí? Pero si yo no sé absolutamente nada».

«Reconocerá entonces que es muy curioso. Usted no sabe nada, mi marido no sabe nada, en el Ministerio no saben nada, en el Ministerio se mostraron exageradamente reticentes, ¿verdad, Ermanno?».

«¿Reticentes? ¿Por qué?», dijo Ismani. «Estuvieron amabilísimos».

Vestro mostró una sonrisita.

«¿Ves como tenía yo razón?», dijo Elisa.

«¿Por qué, querida?».

«Que te han llamado para la atómica».

«Pero si el capitán no ha dicho nada».

«Pues entonces», insistió la mujer, «¿qué hacen en esa zona militar 36, si no se trata de la atómica?».

«Atención, Morra», exclamó el capitán, esa vez sin pesar las palabras, ya que estaban adelantando un gran camión y la carretera era bastante estrecha, pero, en realidad, no parecía que hubiese motivo de alarma. Era un tramo rectilíneo y por la parte opuesta no avanzaba nadie.

«Decía», prosiguió Elisa Ismani, «que, si no se trata de la atómica, ¿qué hay en ese lugar al que vamos? ¿Y por qué no nos lo dicen? Aunque fuera secreto militar, nosotros, me parece... más que ir en persona...».

«Se ha referido usted a una instalación atómica».

«No me he referido. Sólo se lo preguntaba».

«Mire, señora», la respuesta pareció salir del capitán Vestro con dificultad, «creo que se verá usted obligada a tener paciencia hasta que se encuentre en el lugar. Le aseguro que yo no estoy en condiciones de responder».

«Pero usted lo sabe, ¿verdad?».

«Ya le he dicho, señora, que yo nunca he estado».

«Pero sabe de qué se trata, ¿no?».

Ismani escuchaba, ansioso.

«Mire, señora, y discúlpeme la pedantería, hay tres posibilidades: o no es algo secreto, pero yo no lo conozco, o lo conozco, pero es secreto, o es

secreto y, además, no lo conozco. Ya ve que en cualquier caso...».

«Pero podría usted decirnos», objetó Elisa, «de cuál de los tres casos se trata».

«Según», rebatió el oficial, «depende del grado del secreto. Si se tratara del secreto del primer grado, como ocurre con frecuencia en los planes operativos, se hace extensivo —y así lo prescribe la norma expresamente— también a todo lo que tiene que ver con ello, aun lejana y parcialmente, aun de forma indirecta y negativa. ¿Y qué quiere decir de forma negativa? Pues que, si uno sabe que hay un secreto de esa clase, pero no lo conoce, le está prohibido revelar incluso esa ignorancia suya y observe, señora: se trata de una restricción, en apariencia, absurda, pero hay motivos válidos para ello. Consideremos, por ejemplo, nuestro caso: la zona militar 36. Pues bien, mi simple reconocimiento de no estar al corriente, dadas mi graduación y mis funciones, podría ofrecer un indicio, aunque mínimo, a quien...».

«Pero, ¿usted sabe quiénes somos nosotros!», exclamó la señora Ismani, polémica. «El simple hecho de que usted nos acompañe excluye, me parece a mí, cualquier posibilidad de sospecha».

«Señora, en la entrada de la Academia Militar, en el vestíbulo —supongo que usted no habrá estado nunca allí— hay un letrero que dice así: “El secreto no tiene familia ni amigos”. Resulta duro en ciertas situaciones, duro y desagradable para el prójimo, lo reconozco...». Pareció extenuado con la larga explicación.

La señora Ismani se rió:

«En una palabra, me da usted a entender diplomáticamente que no puede —o no quiere— decir qué hay en esa dichosa zona militar...».

«Pero, señora», precisó el capitán con su flema didáctica, «yo en ningún momento le he dicho que lo supiera».

«De acuerdo, de acuerdo. He sido un poco pesada. Disculpe».

El oficial guardó silencio.

Pasaron unos cinco minutos y después Ismani, tímidamente, dijo:

«Perdóneme, capitán. Decía usted que los casos eran tres. En realidad, eran cuatro, porque podría ser también que no fuera secreto y usted lo conociese».

«No he citado ese caso», explicó Vestro, «porque me parece superfluo».

«¿Superfluo?».

«Claro. En ese caso... en ese caso, ¡les habría ya contado todo hace rato! ¡Atención, Morra!».

Pero también la advertencia al conductor era superflua: la curva de la que estaban saliendo era amplísima y el coche no superaba los sesenta kilómetros por hora.

IV

El día siguiente subieron a la Val Texeruda.

La carretera era hermosa hasta Serra d'Oltro, lugar de vacaciones circundado de bosques. Después se estrechaba y se volvía difícil con ciertos *tourtiquets* estrechos.

También el paisaje se volvía cada vez más selvático —casas cada vez más escasas, bosques cada vez más tupidos, encuentros poco frecuentes— y en el fondo de los valles laterales se abrían de vez en cuando siluetas de montañas hirsutas y torcidas, todas inclinadas hacia el mismo lado, como ciertos árboles, en particular en las riberas de los ríos, donde el viento sopla en una sola dirección.

Ninguno de los tres hablaba. El cielo estaba gris y uniforme, altísimo. Más abajo merodeaban nubarrones en las crestas y se engolfaban en las profundas gargantas.

«¿Falta mucho?», preguntaba de vez en cuando Ismani.

«No creo», respondía Vestro, «pero también para mí es la primera vez».

«Pero, ¿cuántos kilómetros faltan?».

«Oh, pocos, pocos».

Llegaron a una encrucijada. Una carretera, a la derecha, entraba bruscamente en un torvo desfiladero, tan escarpado, que no se veía cómo podría proseguir. Por una fracción de segundo, en un intersticio entre los despeñados bastidores de roca (con pequeños abetos deformes, crecidos, a saber cómo, en minúsculos salientes de las paredes cortadas a pico), Ismani vislumbró unos bastiones de rocas blancas, de cimas redondeadas, que recordaban vagamente a calaveras. El conjunto le dio una sensación de malestar. Pensó: «Si mi destino fuera allí arriba, no me quedaría, por nada

del mundo». E inmediatamente después: «Vas a ver como ahora giramos a la derecha, por la garganta». En cambio, el coche continuó recto.

Al cabo de una media hora, el valle se ensanchó un poco, había más luz, también las montañas a uno y otro lado parecían menos tétricas. Se detuvieron en un pequeño surtidor de gasolina. Se apearon para estirar las piernas y tomar un café.

Ismani, aprovechando que el capitán se había quedado un poco aparte, preguntó al hombre del surtidor, un tipo entrado en años y de cara apacible, al tiempo que señalaba una carretera que trepaba en zigzag por un flanco del valle:

«¿Se va por ahí arriba a las instalaciones atómicas?».

«¿Atómicas?», el hombre miró en derredor como buscando ayuda. «Pues mire, yo no tengo idea».

«Habrá oído hablar de ellas, ¿no?» (Entretanto, Vestro se había acercado).

«Pues es que se oyen decir tantas cosas. Desde luego, el tiempo... eh, el tiempo...».

«El tiempo, ¿qué?».

«El tiempo ya no es lo que era: siempre bueno, ahora, y no llueve nunca».

Y se rió.

Aunque de forma extraordinariamente vaga (como, por lo demás, era de esperar de la natural desconfianza de aquellos habitantes de un valle separados del resto del mundo), aquello sí que se podía considerar una confirmación, pero, ¿era de creer? Al volver casualmente la cabeza, a Ismani le pareció captar en el rostro del hombre —pero tal vez fuera una falsa impresión debida a su fantasía demasiado excitada— una mínima contracción de los ojos, como un guiño alusivo, dirigido al capitán, quien, sin embargo, no movió ni una ceja.

Tras volver a montar en el coche, el capitán Vestro murmuró al conductor algo que Ismani no comprendió. En lugar de seguir valle arriba, el auto dio marcha atrás.

«¿Volvemos atrás?», preguntó el señor Ismani.

Vestro respondió despacio:

«Deben perdonarme. No conozco bien esta zona. Acabamos de dejar atrás el cruce y no me he dado cuenta».

«¿Qué cruce?» dijo Ismani, aprensivo, pensando en la garganta que le había causado aquella horrible impresión.

«Serán unos tres o cuatro kilómetros. Había que entrar en un valle lateral».

Guardaron silencio. “Es ésa”, pensaba Ismani. “En cuanto la he visto, lo he comprendido. Me lo olía, pero yo allí arriba no me quedo, eso desde luego”.

«Oiga, capitán», dijo al cabo de unos minutos, procurando mostrarse muy tranquilo. «Perdone la curiosidad. Si yo...».

«Diga, diga, profesor», lo animó el otro, ya que Ismani vacilaba.

«¿Y si yo... es un decir... una simple conjetura... si yo quisiera renunciar ahora, si, en una palabra, me echara atrás?».

«En ese caso», dijo Vestro recalcando las palabras con su flema habitual, «yo estoy a su disposición para llevarlo de nuevo a casa».

«¿Por qué? ¿Se había previsto ese caso?».

«No sé. A mí me han dado instrucciones. También para el caso de que usted, profesor...».

«¿Qué quieres hacer, Ermanno?», dijo la mujer sonriendo. «¿Qué se te ha ocurrido?».

Ismani no le hizo caso. La respuesta del capitán le preocupaba extraordinariamente.

«Entonces, ¿no se excluía», dijo, «que yo en el último momento...?»

«En estos casos es normal, profesor, considerar cualquier posibilidad y el Ministerio... se trata, creo yo, de una misión voluntaria, cualquier coerción sería contraria a...».

«Diga la verdad, capitán, ¿ha habido ya alguno como yo... que ha desertado?».

«No lo sé, no creo. Nunca he oído decirlo. Es la primera vez —le repito — que vengo por aquí».

Ismani guardó silencio, presa de la incertidumbre de una decisión. Un rechazo suyo, después de haber llegado hasta allí arriba, habría parecido extraño y ridículo, digno de un niño, pero, al recordar la salvaje garganta

con aquellas rocas cadavéricas al fondo, sentía una auténtica repugnancia física. No obstante, quiso esperar.

Como había previsto, el coche aminoró la velocidad precisamente cuando se acercaban al siniestro valle.

«¿Debemos subir allí arriba?», preguntó Ismani.

«Oh, no», respondió Vestro. «Exactamente al lado opuesto», e hizo una seña hacia la otra vertiente.

Ismani y su mujer volvieron la vista a la derecha. Un puente, en ángulo recto con la entrada principal, cruzaba el río (o, mejor dicho, el ancho lecho de cantos blancos, porque el curso de agua era minúsculo) y conducía a la entrada de un valle lateral. En comparación con la garganta que desembocaba casi enfrente, este valle era ancho y alegre y estaba cubierto de verde. Había bosques y prados que se acumulaban en una sucesión irregular de rápidas protuberancias y en el fondo de aquel romántico escenario se vislumbraba una sierra empinada, pero, ya fuera por la fisionomía diferente de las cimas o por la luz, más alegre, procedente del cielo, que entretanto se había abierto con amplias brechas despejadas, aquella vez Ismani no tuvo la menor impresión desfavorable.

V

Precisamente al pie del último macizo de rocas, más allá del cual la línea del terreno dejaba adivinar un altiplano, la carretera desembocaba en un calvero y allí estaba el puesto de guardia: un cuartelito, un asta con la bandera, una rústica balaustrada de madera alrededor de todo él, dos bancos, una mesa, una casetita para el perro, aparentemente abandonada.

El lugar era bellissimo: alrededor de todo su contorno había bosques, que se precipitaban en pendientes empinadas hacia la Val Texeruda, cuyo fondo se divisaba, lejanísimo, con el lecho blanco del río, la carretera, los pueblos esparcidos aquí y allá, aquella neblina, aquella sensación de vida sosegada, limpia y cómoda que dan ciertos lugares de montaña.

Sólo a sus espaldas estaba cerrada la vista. En efecto, el bosque se interrumpía bajo una barrera irregular de lastrones grises, invadidos de hierbajos y matorrales, más allá de la cual no se veía nada. Aquella imponente muralla, pese a la vastedad del panorama, confería en cierto modo angustia al lugar y le daba un aire melancólico.

Para recibir al matrimonio Ismani estaba el oficial de servicio, teniente Trotzdem, que, por haber sido informado con antelación de su llegada, había mandado preparar el almuerzo y se mostró amabilísimo.

En efecto, los Ismani iban a tener que esperar un poco para proseguir el viaje. A partir de allí comenzaba la zona militar reservada, donde el coche del capitán Vestro no estaba autorizado a entrar. Del Centro al que Ismani iba destinado bajaría otro automóvil a recogerlo o, mejor dicho, aquel coche ya había bajado —explicó el teniente—, pero había que esperar la llegada de otro huésped del Centro: la mujer del ingeniero Strobele, con quien los Ismani harían la última parte del viaje.

¿Quién era aquel Strobele? Por las vagas explicaciones del teniente, Ismani comprendió que debía de ser uno de los peces gordos de allí arriba. Evidentemente, habían hecho coincidir a propósito la llegada de su mujer con el viaje de los Ismani, no ya para ahorrar gasolina con una sola expedición, sino por la necesidad de reducir al mínimo los pasos por el vigiladísimo perímetro de la zona militar.

Tras entrar en el cuartel, los Ismani fueron conducidos al pequeño comedor. Había en él otros militares: el subteniente Picco, el sargento primero Ambrosini, el sargento primero Introzzi.

De repente el capitán Vestro se despidió. Dijo que debía volver a bajar lo antes posible por motivos de servicio, pero era evidente que sentía impaciencia por alejarse de allí.

Una vez que Vestro se hubo marchado, Ismani tuvo la sensación de haber perdido el último vínculo con la vida habitual. Ya había comenzado la aventura y las palabras que oyó aumentaban su inquietud.

Entretanto, se dio cuenta de que también el teniente Trozdem, Picco y los demás no tenían una idea precisa de lo que ocurría allá arriba, en el altiplano. La pequeña guarnición militar tenía una misión de vigilancia, conectada con otros diversos puestos de guardia dispersos en torno a la zona 36. Era un acordonamiento exterior cuyo objeto era el de impedir el acceso a los extraños y vigilar el terreno circundante. Oficiales y soldados no pertenecían al Centro, no podían penetrar en la zona, no formaban parte de la categoría de los iniciados.

Aquellos soldados guardaban un secreto, pero no sabían de cuál se trataba. ¿Unas instalaciones atómicas?

«Profesor, no me lo pregunte a mí, hágame el favor», dijo el teniente Trozdem. «Si no lo sabe usted... Yo llevo cinco meses prestando servicio aquí y sé tanto como antes. ¿Qué diablura estarán preparando? El secreto... el secreto... aquí no hay otra cosa que el secreto... para nosotros es una obsesión, cada cual se monta, naturalmente, sus teorías, se oyen contar las cosas más demenciales. En una palabra, ¿sabe lo que le digo? Dichoso usted que dentro de un par de horas estará en el sitio y se dará cuenta. Pensará usted: sea lo que fuere, a ustedes no les incumbe, a ustedes sólo se les pide un servicio de control. Es cierto. No nos incumbe, pero estar en

contacto —podríamos decir— y no saber nada, nunca nada, a veces afecta bastante a los nervios. ¿Ve aquellas rocas? Bastaría trepar hasta allí arriba, un desnivel de ni siquiera cien metros, no debería ser difícil. Desde allí se vería... pero está prohibido y nosotros somos militares, la curiosidad nos costaría demasiado cara...».

En aquel momento sonrió de forma curiosa:

«Y, sin embargo... pese a todo... Tengo a mis órdenes a unos cuarenta soldados y aquí no hay el menor recurso: aislamiento completo, nada de mujeres y, encima, el secreto militar. Todos esos misterios. Si nos dijeran al menos qué es lo que guardamos. En una palabra es —llamemos las cosas por su nombre— como una cárcel... Y, sin embargo... y, sin embargo... ¿sabe usted que nadie querría marcharse de aquí? Un aburrimiento mortal, todos los días iguales, nunca una cara de muchacha... Usted, señora, por ejemplo», y se dirigió a Elisa Ismani, «me parece, ni siquiera sé decir lo que me parece... una criatura procedente de la Luna... Y, sin embargo nos encontramos bien: siempre alegres, con buen apetito. ¿Sabría explicármelo usted? Mire, señora, yo soy un ignorante... pero le digo una cosa, señora... si son atómicas, son unas instalaciones muy extrañas».

«¿Extrañas?».

«Si no es extraño lo que está sucediendo aquí...».

«¿Por qué? ¿Por qué?», preguntó Ismani, ansioso.

«Pero usted, teniente», intervino la mujer, al darse cuenta de que su marido se dejaba asustar, «¿no está obligado a guardar el secreto militar? ¿Cómo es que habla con tanta libertad? ¿Quién le dice, por ejemplo, que nosotros dos no somos unos espías?».

Trotzdem se rió.

«Ah, nosotros estamos fuera, por fortuna. El secreto comienza justo detrás de esta casa, nosotros estamos libres... Sólo nos faltaría eso. No sabemos absolutamente nada, de esa nada bien que podremos hablar, al menos».

Elisa Ismani perdió la esperanza de que guardara silencio. Una vez que se lanzaba, el teniente no paraba; evidentemente, no acababa de creerse que pudiera soltar todo lo que había acumulado dentro durante meses: un relato algo confuso y en conjunto bastante inverosímil.

VI

Los trabajos para el Centro —contó el teniente Trotzdem— habían comenzado unos diez años antes. Tras cerrarse los accesos a la zona, centenares, tal vez miles, de técnicos y obreros habían sido llevados al altiplano e instalados en barracones. Eran grandes obras de excavación y desmonte, por lo que al principio todos creían que iban a hacer una presa hidroeléctrica y, de hecho, habían construido un dique con la correspondiente central, pero al mismo tiempo se habían ido alzando los muros de un establecimiento, así lo llamaban, o, mejor dicho, de varios. El secretismo era enorme, los obreros procedían todos de fábricas y arsenales militares con una antigüedad mínima de cinco años. Por lo demás, las diversas obras estaban separadas, cada cual trabajaba por su cuenta y no sabía nada de los demás, por lo que nadie podía tener una idea del plan general.

Tras ocho años de trabajo, la mayor parte de los obreros había sido desmovilizada. Habían quedado allí arriba unas pocas decenas o tal vez menos. Evidentemente, si se trataba de una fábrica —una fábrica atómica, por ejemplo—, todo debía funcionar automáticamente y bastaban muy pocos hombres, pero, ¿sería de verdad una fábrica? A él, Trotzdem, le constaba que habían llevado allí arriba cantidades inmensas de equipos eléctricos, pero no sabía de qué clase.

La relativa tranquilidad que había habido después permitía imaginar que hacía un tiempo que las instalaciones estaban acabadas o al menos que las obras más importantes habían llegado a término, pero, ¿habrían comenzado a funcionar? Había razones para dudarlo: camiones subían y bajaban muy pocos, señal bastante elocuente de que la producción era nula o casi. A menos que la materia prima se encontrara en el lugar y que se almacenasen

allí los productos. Otra hipótesis era la de que las instalaciones, fueran cuales fuesen, no estuvieran destinadas a producir nada, sino a una actividad diferente, que resultaba difícil imaginar.

Trotzdem había tenido con frecuencia ocasión de acercarse a obreros que por diversas razones subían o bajaban del altiplano, pero había averiguado poco o nada. Estaban todos bien aleccionados y no soltaban prenda, pero incluso los poquísimos que no se tomaban demasiado en serio el compromiso del secretismo, demostraban tener ideas muy confusas.

Lo único notable que había logrado saber era lo siguiente: exceptuados los jefes y unos pocos técnicos en jefe, ninguno de los obreros había seguido los trabajos desde el principio al fin: al cabo de un par de años, como máximo, de permanencia allí arriba, todos eran substituidos, por lo que ninguno podía tener una idea precisa de lo que se había hecho.

Mucho más interesantes, aunque inexplicables, eran, según el teniente Trotzdem, otras noticias y episodios relativos a la guarnición de guardia, en los límites exteriores de la zona 36, interesantes sobre todo porque podía dar fe de ellas como testigo directo, y, entre otras cosas, contaba lo siguiente:

«A los militares de la guarnición exterior les estaba rigurosamente prohibido entrar dentro del perímetro de la zona militar, delimitado por una alambrada de espinos (también en los flancos de las rocas), pero tenían la obligación de señalar inmediatamente al mando del Centro, con radios portátiles o por teléfono, cualquier avistamiento sospechoso o novedad de cualquier importancia. En los últimos tiempos los apremios de las alturas a intensificar la vigilancia se habían vuelto incluso una obsesión, como si tuvieran motivo para temer algún ataque hostil del exterior.

»Pero lo extraño era esto: todas las veces que las patrullas o los centinelas fijos hacían un avistamiento (se trataba casi siempre de leñadores o cazadores) y lo indicaban mediante la radio, además de con un triple toque de cuerno, infaliblemente iban precedidas de una indicación análoga del mando. Por ejemplo, se transmitía la orden: “Atención en el cuadrado 78” (todo el mapa topográfico de la zona había sido dividido en cuadrados numerados), “derecha orográfica del cañón del riachuelo Sprea”. Y era exactamente el punto en el que los soldados habían avistado precisamente

entonces a un extraño. En ciertos casos, el aviso era aún más explícito: “Dos desconocidos en el cuadrado X bordeando las rocas. Atención”. Y a veces sucedía que los centinelas no hubieran advertido aún nada».

Por eso, Trotzdem se preguntaba:

“¿Qué significa todo esto? ¿Hay alguien que nos controla, invisible, y ejerce nuestra propia vigilancia o, mejor dicho, nos supera en oportunidad y precisión? Pero, ¿quién? ¿Y desde dónde? Ellos, los guardias, nunca habían visto a nadie en los alrededores ni se había visto nunca a hombres de facción en el borde de los peñascos más altos. ¿O había que reconocer que los del mando eran magos?”.

«Pero usted, teniente», preguntaba Ismani, «¿nunca ha visto las instalaciones de allí arriba?».

«Nunca. Ya le he dicho que nosotros, los de la guarnición, estamos excluidos. Aquí alrededor sólo se ven bosques y rocas. Sólo desde el cañón de los Ángeles, que estará a un kilómetro de aquí, se puede ver algo».

«¿El qué?».

«Pues... como un trecho de muro, liso, sin troneras ni ventanas, y detrás del muro se vislumbra una antena, altísima, más o menos como las de la radio, y encima algo así como un globo».

«¿Una esfera?».

«Más o menos. Alguien dice haberla visto moverse».

«Moverse, ¿cómo?».

«Girar sobre sí misma».

«¿Y para qué sirve?».

«¿Y a mí me lo pregunta? Misterio. Todo aquí es un maldito misterio y a saber para qué estupidez quizá».

«¿Y no cree que sean unas instalaciones atómicas?».

«Ya se lo he dicho. Por lo que puede saber un ignorante como yo... Yo digo que, si fueran unas instalaciones atómicas, se debería ver pasar mucho más material y además...».

«¿La única vía de comunicación», preguntó Ismani, «es esta carretera?».

«Para el material hay también un teleférico, pero nosotros vemos cuándo pasa, si va cargado o no», intervino el subteniente Picco, que desde

la mesa contigua, en la que estaba sentado solo, había seguido su conversación, «venga, cuéntale lo de la voz...».

Trotzdem se encogió de hombros:

«No le haga caso, profesor. Eso yo no me lo creo. Para mí, que es una leyenda. Muchos de los soldados de aquí dicen que se oye una voz y no parece de hombre».

«¿Viene de arriba?».

«Sí».

«¿Y qué dice?».

«Ah, no consiguen entenderlo. Algunos sostienen que es una lengua extranjera y por eso no se entiende. Otros dicen que está demasiado lejana. Yo no la he oído nunca».

Ismani se dirigió al subteniente Picco:

«¿Y usted?».

«A mí... me ha parecido a veces... pero sinceramente no podría jurarlo...».

«¿Lo ve?», dijo Trotzdem. «Cuando se quiere ir al grano, no se saca nada en claro. Todos oyen oír hablar de eso, todos juran que es verdad, pero nunca hay uno que diga: “La he oído yo, tal día a tal hora”. Fantasía, pura y simple fantasía y, por lo demás, no es de extrañar: donde hay un gran secreto siempre corren los rumores más absurdos, como en la guerra».

«¿Y por qué no le cuentas, entonces, lo de los perros?», replicó Picco al teniente. «Al menos eso lo viste también tú».

«¿Los perros?».

«Sí. Otro de tantos fenómenos inexplicables», dijo Trotzdem.

«¿Perros que tienen aquí?».

«Que teníamos: dos lobos, pero no pudimos conservarlos. Nada más llegar aquí, ¡fueron presa de tal agitación!».

«¿Ladraban?».

«No ladraban nada, no, eso es lo curioso. Gañían más bien. Se desvivían por subir».

«¿Subir adónde?».

«Dios sabe adónde. Por las rocas, allí... En una palabra, tuvimos que llevármolos».

«Pero, ¿sólo esos? ¿O también otros perros?».

«Parece que es la regla aquí. Incluso un lulú, que un día trajo el sargento Introzzi, se puso también a gañir en dirección de las rocas, por poco no entró en convulsiones...».

En aquel momento se oyó un automóvil que renqueaba por la última subida. Miraron afuera. Llegaba el coche con la señora Strobele.

VII

Con Olga Strobele llegó la alegría y la vida. Tenía unos 28 años, era esbelta, pelirroja, de piel blanca punteada de pecas, ojos rasgados, labios saltones con una expresión a un tiempo de oferta y desdén, cara insolente, alegre y provocativa, cintura fina, piernas fuertes y tenaces. Una mujer hermosa y de carácter, de las que hacen volver la cabeza por la calle.

En cuanto vio a Ismani, dijo:

«Pero usted, en tiempos —hablo de once años atrás— daba clases en el Tommaseo, ¿verdad?».

«En efecto, pero, ¿cómo lo sabe? Durante cuatro años enseñé álgebra en el instituto».

«Ah, canalla. Míreme. ¿No le dice nada mi cara?».

«Pues sí, me parece... soy tan poco fisonomista... y, además, ustedes, las mujeres, de un año para otro...».

«Olga Cottini, ¿se acuerda? Equis igual a dos por la raíz cuadrada de... Me cateó y ni siquiera se acuerda... Va usted a ver si me voy a vengar...».

«Si lo hubiera sabido... si hubiese podido preverlo...», dijo él, como un estúpido, rojo de confusión.

«Venga, hagamos las paces, lo perdono», y, al decirlo, lo abrazó y le dio dos besos en las mejillas. Después se volvió hacia la señora Ismani. «Discúlpeme. Mire, Giancarlo dice siempre que soy una salvaje... pero, como comprenderá, ¡encontrar al profesor que te ha cateado! Y encontrarlo aquí arriba, además... ¡Ah, cómo lo odié, a su marido! ¡Cuántas maldiciones! Pero es que —permítame que se lo diga, profesor— en los exámenes era un poco canalla, mire usted... Conmigo, además... Me vengaré, ya le digo».

Elisa Ismani no se picó. Es más: le daba placer que una mujer tan alegre y exuberante subiese con ellos. Para su marido sería una inyección de optimismo. No tuvo ni siquiera un asomo de celos, aunque comprendía que Olga Strobele debía de gustar enormemente a los hombres. Estaba tan segura de su Ermanno.

Le preguntó:

«¿Lleva mucho tiempo casada con el profesor Strobele?».

«Casi tres meses».

«¿Y vive usted allí arriba?».

«No, es la primera vez que voy. Como esposa, hasta ahora, pocas satisfacciones he tenido, la verdad. Nada más casarnos, un viajecito de novios de diez días y después Vademécum me ha dejado viuda».

«¿Vademécum?».

«No haga caso. A mí me gusta bromear. Vademécum, por la manía que siempre tiene de explicarlo todo. En una palabra, al cabo de diez días, me plantó: trabajos urgentes, máximo secreto. Lleva al menos diez años trabajando ahí arriba, en el Centro, aún no le bastaba. No he vuelto a verlo».

«Pero ahora va a reunirse con él».

«Estaré allí arriba veinte días o un mes como máximo. Después volveremos juntos. Su trabajo ya está casi acabado: eso es lo que me ha dicho».

«¿Qué trabajo?», aventuró Ismani.

«Pues la verdad es que yo no podría decírselo».

«A saber qué instalaciones grandiosas serán».

«¿Instalaciones?».

«Me refiero a las de allí arriba».

«¿Por qué? ¿No ha estado usted nunca, profesor?».

Olga lo miró torciendo un poco la cabeza, como quien sospecha un engaño.

«¿No ha estado nunca, dice usted?».

«Nunca».

A Ismani, deseoso de saber, le habría gustado insistir, pero comprendía perfectamente que no era oportuno hacer preguntas indiscretas delante de Trozdem y Picco.

La llegada del coche del Centro para recogerlos interrumpió la conversación, cuando ya caían las sombras del atardecer: lo conducía un militar. Así los Ismani y la señora Strobele, tras despedirse de Trotzdem y haberle entregado el equipaje más voluminoso (que les enviaría el día siguiente con otro medio), partieron hacia el altiplano.

Poco después del puesto de guardia, la carretera se empinaba bruscamente y se volvía muy abrupta. Ya se veía poco, entre otras cosas por la niebla.

En determinado punto, la carretera acababa bruscamente bajo una alta pared vertical de color amarillo.

Al principio, Ismani no advirtió, en la penumbra, que al filo de las rocas había una gran puerta de hierro. Después notó que por un lado y por otro, allí donde la escarpadura del peñasco era menor, partía una barrera de alambre de espinos y ciertas cosas redondeadas que sobresalían —tal vez aisladores— le hicieron pensar que por ella pasaba una corriente eléctrica.

No había alma viva. Hacía frío y humedad. El lugar era singularmente salvaje e inhóspito. El conductor dijo:

«Puede que debamos esperar unos minutos. Cuando he bajado, estaban trabajando en el túnel, debe de haber habido un pequeño desprendimiento».

«¿Ha avisado usted de que estamos aquí?», preguntó Elisa Ismani.

«No hace falta», dijo el soldado, «ya lo saben».

«¿Cómo?».

El conductor miró fijamente a la señora sin saber si responder. Después, evidentemente convencido por la cara, sin hablar, indicó con el dedo índice la puerta de hierro, allí donde apenas se advertía un pequeño recuadro.

Elisa no pidió más explicaciones. “Debe de haber”, pensó, “un aparato fotoeléctrico o televisivo o alguna diablura por el estilo”.

«Bueno, yo me apeo a pasear un poco», dijo Olga Strobele; «si no, me entra un hormigueo en las piernas».

«Yo también», dijo Ismani, deseoso de saber.

Para desentumecerse, bajaron unas decenas de metros por la carretera, cortada a pico. La niebla impedía ver lo profundo que era el precipicio: sólo vagas sombras evanescentes de protuberancias cortadas a pico, de abetos aferrados a sitios inverosímiles. Con una extraña sensación de placer que

nunca había experimentado, Ismani sintió que Olga Strobele, aquella mujer a la que habría sido tan bello poder desear, lo cogía del brazo. Sentía su perfume, mezclado con la niebla, con la humedad, con el gusto a resina que había en el aire; nunca había sentido un olor tan bueno.

Ella guardaba silencio, tal vez lo hiciera a propósito, esperaba que hablara él, por el gusto de hacerlo sentirse violento. Ismani miró hacia atrás, con la caligine en aumento, el coche ya casi no se veía.

«Bueno, señora», dijo por fin, «aquí no hay nadie que nos oiga. Dígame: ¿se puede saber qué hacemos aquí, en el Centro?».

«Profesor», respondió ella, en broma, «usted la tiene tomada conmigo, la verdad. Me cateó y, además, ¿quiere burlarse de mí?».

«Pero, hija mía, ha de saber usted lo que está haciendo su marido».

Ella soltó una carcajada, extraña en aquel lugar:

«¿Mi marido? Pero también usted lo sabe. Si lo han hecho subir al Centro, profesor, tiene que estar bien informado, ¿no?».

«Pues no, yo no sé nada, no me han dicho nada».

«¿Quiénes no le han dicho?».

«Los del Ministerio».

«¿Y usted aceptó venir igual?».

«Eso parece, pero yo no estoy hecho para estos misterios: a mí me gustan las...».

«Yo sé menos que usted».

«Pero, ¿no le ha explicado su marido? ¿No le ha dicho qué es este misterioso Centro? Algo le habrá contado, lógicamente. Al menos sabrá usted, ¿no?, qué hacen».

Ismani se sintió invadido de nuevo por la inquietud, el desconcierto, aquella sensación de ser tan pequeño ante cosas inmensas y amenazadoras, una angustia que ya había sentido en la guerra.

«Pobre de mí, suspéndame, ande, que no puedo responderle».

«Pero, ¿qué es? ¿Una fábrica?».

«¡Quién sabe! Giancarlo hablaba de un laboratorio».

«¿Qué clase de laboratorio? ¿Químico?».

Se oyó un sonido de claxon.

«Profesor, nos llaman. Sésamo, ábrete y la montaña se ha abierto... con toda su calma, claro está. ¿Vamos?».

Tiró el cigarrillo. El puntito rojo de las brasas voló por el precipicio, engullido silenciosamente por la niebla.

Se dirigieron hacia el coche. Olga echó casi a correr.

«Bueno, entonces», dijo Ismani intentando no quedar rezagado, «¿no puede decirme nada?».

Ella ni siquiera lo oyó.

VIII

Cuando llegaron, era ya de noche y llovía. En un trecho, el coche había subido por un túnel excavado en la roca. En determinado momento, habían llegado a un amplio calvero en el que había cuatro grandes puertas cubiertas con cierres metálicos. Entonces se había hecho obscuro de repente: apagadas las bombillas en el techo, apagados también los faros del coche.

«¿Qué ocurre?», había preguntado Ismani, impresionado.

«Nada, señor, unos segundos de paciencia», había sido la respuesta del conductor.

En las tinieblas se había oído el ruido de un cierre que subía. ¿Cuál de los cuatro? Después, sin encender, guiado tal vez por un puntito rojo encendido en un pequeño cuadrante del salpicadero, el conductor había arrancado despacio.

Poco después, a sus espaldas, el estruendo del cierre, que bajaba, y las luces habían vuelto a encenderse.

El túnel, empinado y con largos giros sobre sí mismo, continuaba hasta un segundo calvero, casi igual al anterior, sólo que las puertas eran tres. Allí se había repetido la maniobra, con el apagón de las luces. No se había visto alma viva.

Otro trecho más, que, según había calculado Ismani, debía de tener unos cuatrocientos metros. Después habían desembocado afuera: en el altiplano, era de suponer.

Y ahora estaban delante de una construcción baja y desnuda, semejante a un barracón, con alguna ventanita iluminada.

Nada más apearse del coche, Ismani miró en derredor con la esperanza de ver algo, pero, exceptuada la entrada de aquel puesto de guardia, todo estaba inmerso en la obscuridad. Ahora bien, le pareció divisar, a los lados

de la construcción, un muro perimetral de unos cuatro metros de alto que se perdía en las tinieblas. Tal vez fuera el último recinto. En aquel momento, un hombre de unos cuarenta años se acercó haciendo señas de saludo: el profesor Giancarlo Strobele.

Era Strobele un hombre elegante, de rostro intensamente intelectual, que expresaba seguridad en sí mismo. Ismani, que no lo había visto nunca, quedó impresionado —y no agradablemente— por su aplomo de gran señor.

Tras los abrazos con la esposa y las cordiales presentaciones con los Ismani en el umbral, entraron en la caseta, semejante a la portería de un establecimiento industrial.

Strobele los condujo por un corto pasillo a una puerta, opuesta a aquella por la que habían entrado, y volvieron a salir afuera. Allí esperaba el coche, que entretanto había rodeado la casa, tras introducirse por una puerta lateral. Más arriba, a unos centenares de metros de distancia, resplandecían luces, como de casas.

También bajo la lluvia, el automóvil se dirigió por un empinado vial y en las luces de los faros aparecían y desaparecían franjas de prado, alguna roca, grupos de alerces y abetos. Ya estaban próximos a las luces.

«Ya está», explicó Strobele, cuando, tras apearse, se encontraban bajo el porche de un chaletito de aspecto agradable. «Ésta será su casa. Ahí abajo», y señaló a otro *cottage*, más abajo, «vivo yo. Esa otra, allí arriba, es la de nuestro jefe, Endriade, pero también vive en ella, en el primer piso, el comandante Mirti, inspector del Ministerio de Defensa. Ahora, acomódense, por favor, que hace frío, espero que hayan encendido la chimenea. Para ayudarla, señora, hay una muchacha excelente, la camarera de Aloisi... Tú, Ismani, lo conociste, ¿verdad?».

«¿A Aloisi?».

«Sí, ¿quién no lo conocía? Vivía aquí desde hacía diez años, se puede decir. Un hombre excepcional, la gente nunca ha sabido nada de sus inventos y, sin embargo, llegará un día... Murió hace un par de meses».

«¿Murió aquí?».

«Tenía la manía de la caza, se iba solo a las montañas. Una noche ya no volvió. Lo encontramos tres días después. Se había precipitado desde un despeñadero. Para nosotros... una tragedia en todos los sentidos. Lo poco

que se ha hecho aquí, en el Centro», puso una sonrisa cargada de intenciones, «se lo debemos a Aloisi en al menos un cincuenta por ciento. Si la desgracia hubiera sucedido hace cuatro o cinco años, a saber si Endriade y yo habríamos logrado concluir... realizar lo que...».

«¿Y yo?», preguntó tímidamente Ismani, presa de una sensación de incomodidad. «Yo debería... me han traído aquí para... en una palabra, ¿sería yo su sucesor?».

«No, no. No creo. Si alguna vez debieras sustituir a alguien, sería a mí...».

«¿A ti? ¿Por qué? ¿Te vas?».

«No, ahora no. Dentro de un mes y medio o dos meses. Gracias a Dios, el ciclo, por decirlo así, de mi trabajo está prácticamente terminado. Aquí está la sala de estar, ahí hay un pequeño estudio, de ahí se va al *office* y detrás está la cocina: las alcobas están arriba. En conjunto, estas casitas — puedo decirlo yo, que vivo aquí desde hace años— están bien organizadas; el único inconveniente, si acaso —pero confieso que a mí no me molesta—, es la escalera de madera, a la inglesa, dentro de la sala de estar: algunos prefieren que las alcobas estén del todo independientes y, además está el inconveniente de los ruidos, eso sí: las puertas son de madera maciza, pero si alguien tiene encendida la radio aquí abajo, es inútil, en las alcobas se oye, pero yo creo que, como vosotros sois sólo dos... y la verdad es que Giustina es silenciosa, parece un gato a veces por cómo se desliza sin hacer ruido. ¡Hombre! Aquí está...».